

Construcción del personaje del ser en el *Quijote*

María Rosa Petruccelli

«Un acontecer estético puede darse únicamente cuando hay dos participantes, presupone la existencia de dos conciencias que no coinciden» (Bajtín, 1985, 28). Así sintetiza Bajtín el origen y la posibilidad de esa «totalidad de sentido» estable y necesaria que es el personaje, en el marco de su teoría sobre el excedente de visión como principio creativo de los entes ficcionales.¹ Esta extraposición del autor con respecto a sus criaturas parte de la percepción única e insustituible que tenemos del otro, descubrimiento que nos permite completarlo y llegar a una imagen conclusiva del mismo.²

El reconocimiento de la otredad —que comienza por descubrir en el propio yo lo diverso, el sujeto múltiple que lo habita y lo difuso de sus límites— se abre a la heterogeneidad social. En el terreno literario, éste se plasma

1 «La conciencia del personaje, su modo de sentir y desear al mundo (su orientación emocional y volitiva) están encerrados como por un anillo por la conciencia abarcadora que posee el autor con respecto a su personaje y su mundo.» Bajtín afirma que existe «una intensa extraposición del autor con respecto a todos los momentos que constituyen al personaje; es una colocación desde fuera espacial y temporalmente hablando, de los valores y del sentido, la cual permite armar la totalidad del personaje que internamente está disperso en el mundo determinista del conocimiento, así como en el abierto acontecer del acto ético» (véase Bajtín 1985, 20 y 21).

2 «Este excedente de mi visión que siempre existe con respecto a cualquier otra persona, este sobrante de conocimiento, de posesión, está determinado por la unicidad y la insustituibilidad de mi lugar en el mundo: porque en este lugar, en este tiempo, en estas circunstancias yo soy el único que me coloco allí; todos los demás están fuera de mí [...] La actividad estética propiamente dicha comienza cuando regresamos hacia nosotros mismos y a nuestro lugar fuera de la persona que sufre, cuanto estructuramos y concluimos el material de la vivencia» (véase Bajtín, 1985, 28 y 31).

en el entrecruzamiento de los distintos planos discursivos de los sujetos enunciadore.

El personaje, como toda construcción paradigmática, es una especie de enumeración cifrada, y aparece en el texto como un conjunto disperso de marcas que estimulan en el lector una actividad de memorización y reconstrucción. Las reglas estéticas e ideológicas de la escritura cristalizan en él: «visiones», «puntos de vista», «voces sociales», modos de reconocer y comprender la conciencia ajena y a través de ella la realidad que la impregna. Penetran de esta forma en el discurso narrativo (no hace falta aclarar que mediatizados)³ usos, costumbres, códigos de comportamiento, modelos imaginarios concurrentes en una misma época.

El sensible oído cervantino está muy atento a esas distintas voces que corresponden a identidades sociales diversas e incorpora esa heterología a su novela, debilitando aún más la ya endeble frontera que intenta separar literatura y sociedad. Cervantes ejercita el reconocimiento de la alteridad al crear personajes a los que acepta como otros iguales al yo, pero diferentes de él. No necesita asimilarlos a su propio mundo para darles entidad y se aleja, así, de la identidad sin fisuras que propugna la cultura dominante. Como resultado de una observación genial y reveladora de su entorno, Cervantes da vida, también, a las voces silenciadas, alejadas del discurso oficial.⁴

Esta emisión polifónica permite un acerca-

3 Zeraftá (1973, 14) advierte que la obra novelística «sólo alcanza a significar auténticamente la realidad cuando es el resultado de un profundo trabajo de abstracción sobre ella».

4 Para Lázaro Carreter (1989, 118) el principio narrativo fundamental del *Quijote* es la heterología, por medio de la cual Cervantes compone la «primera novela polifónica del mundo» y «habría sido el primero en abrir el relato a los múltiples tipos de discursos, cada uno con su propia retórica, que pululan en la calle, en los mercados, en los templos, en los palacios y, sobre todo, en los libros».

miento a la realidad —estilizado, pero acercamiento al fin—, hasta entonces impensado, y deja entrever las marcas que la sociedad imprime en los seres. De esa manera, es posible vislumbrar en los personajes, personas, y descubrir las señales de *busca*, evolución y cambio que los constituyen como tales a semejanza de las mismas.

La confrontación entre la realidad y la abstracción que de ella hace el quehacer artístico es la misma que se produce entre el personaje y la persona social. Productos ambos de un mismo estadio histórico de la sociedad que entroniza la temporalidad humana, el personaje no sustituye ni duplica a la persona, la representa e instaura la identificación.

El estatuto de persona en los Siglos de Oro se conforma bajo los lineamientos verticalistas y dogmáticos que impone el Estado Imperial.⁵ La constitución del Estado moderno en Europa occidental, corolario de profundas transformaciones,⁶ marca una radical modificación en la relación poder-individuo. No sólo el vasallo deviene súbdito, sino que el nacimiento de la libertad política y la introducción de la propiedad privada en sentido burgués afianzan el desarrollo del concepto de individuo. La movilidad y el dinamismo de los tiempos moder-

nos implican esta nueva organización política que, para lograr el cumplimiento de sus objetivos, necesita disciplinar los procedimientos y deviene, entonces, absolutista. Como «eficaz instrumento de configuración de la sociedad» —al decir de Maravall— esta fórmula de gobierno centraliza el poder, penetra en todas las actividades humanas e interviene en todos los aspectos de la vida social.

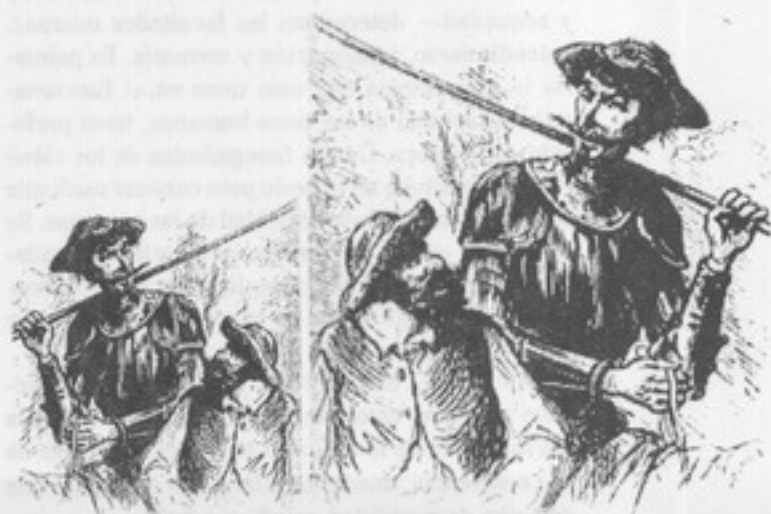
Esta aspiración instrumentalista del poder establecido aumenta y complejiza las actividades estatales —cuya administración requiere racionalización pero también, y cada vez más, burocracia y centralización—, tareas dentro de las que se encuentra su intervención directa en la educación desde el siglo XVI. Lo que se persigue desde ese ámbito es la homogeneización de la población, ya que, por otra parte, esa tendencia restrictiva propia del absolutismo estatal pone aún más de relieve la fuerza de la mentalidad individualista con la que se enfrenta. Individualismo cuyo despertar acompaña paralelamente el surgimiento de ese Estado.

La pretensión de control, en principio encaminada a dirigir los distintos procesos a fin de dominar la tierra (no sólo en su posesión sino también, gracias a las nuevas técnicas, en su productividad), los mares, la organización de los ejércitos, la aplicación de los inventos técnicos, los trazados de nuevas rutas que aseguren el incremento de las comunicaciones y el sistema de correos, culmina con el deseo de querer someter y ordenar la voluntad humana.

Para poder gobernar al hombre hay que conocerlo, estudiar las causas naturales que determinan su comportamiento, sus intereses, su vida anímica. A desentrañar estos temas se apli-

5 Fragmentación, deshumanización, alienación, serán desde ahora inseparables del hombre español, en un marco de «unidad» nacional y de grandeza imperial y casticista: «el proceso de formación del Estado moderno es, en cierto modo, el de una continua centralización de todos los aspectos de la vida humana en torno a la política nueva» (véase Rodríguez Puértolas, coord. 1988, 135 y 241).

6 Con respecto al uso de la expresión «Estado moderno», Maravall (1972, I, i) se refiere al empleo de la voz «Modernidad» y distingue dentro de sus límites dos fases: primera y plena Modernidad. Es en la época de la primera modernidad, que se extiende de mediados del siglo XV a mediados del XVII, época que este autor considera «particularmente conflictiva y dramática» que el Estado moderno se forma y consolida». Señala, además, que estas transformaciones fueron «suscitadas por los nuevos inventos, los descubrimientos geográficos, los cambios técnicos en la manera de navegar, combatir, comerciar, las sacudidas en las creencias religiosas, la crítica nominalista de la física, los avances en el estudio del derecho romano y de la medicina, todo ello, con muchos más aspectos, conseguido en principio a través de planteamientos críticos y reflexivos, pero que en un segundo momento alcanzan a producir fuertes impactos en el repertorio de creencias de las gentes» (op. cit.).



can médicos, naturalistas, filósofos y proto-psicólogos y aprovechan sus conclusiones moralistas, escritores políticos y mandatarios.⁷

A la luz de estos nuevos conocimientos sobre la naturaleza humana, sus características irreductibles y también las variables, sus cualidades y diferencias, surge la convicción de que el ser del hombre es modificable, pasible de manipulación y control.

Esto sirve a las necesidades del Estado moderno español, que bajo las consignas de equilibrio, orden y jerarquía exige una identidad unitaria —una sola lengua, una sola fe, un solo gobierno—, cuyo logro implica que el individuo se someta al autoritarismo de lo establecido y cuyos polos serán poder-obediencia. En el terreno psicológico esta búsqueda de la unidad engendra angustia y deshumanización y en el ámbito sociopolítico, inseguridad e inmovilismo. Los que no logran asimilarse a ese ideal que propugna la cultura hegemónica pierden el derecho de pertenecer a la misma y son confinados a los márgenes.⁸

Una de las expresiones de esa organización social es, entonces, el mundo de las minorías, articulado no sólo por pautas estamentales, sino también por criterios de casta y económicos, conforme a los cuales se configuran las minorías judeoconversas, moriscas y gitanas, así como la de los esclavos, pobres y pícaros. Los bandoleros y extranjeros, también rechazados por la sociedad, aunque por distintas razones,

constituían un caso especial.

El modelo interno de sociedad que Cervantes nos transmite a través de sus creaciones literarias muestra un cierto grado de distanciamiento del ordenamiento social vigente, si nos atenemos a la relación, por lo menos conflictiva, que mantiene con los discursos hegemónicos. En sus textos parece operar un tipo de identificación diferente, que postula una mirada abarcadora de esas personalidades marginadas (y, a veces, marginales) y se expresa en la palabra concedida a los personajes silenciados culturalmente, a los excluidos del lenguaje y, en algunos casos, de la tradición literaria.

La noción de mejoramiento y avance, fundamento del humanismo del que surge la racionalidad moderna de Occidente, es propia de una época cercana a la plena circulación de las teorías de Bacon y Descartes y de los descubrimientos científicos que revolucionan el saber establecido.⁹ En ese contexto se origina la noción de progreso vinculado al desarrollo científico, conceptualización que podemos ubicar en la base de la ideología cervantina a la hora de crear, en el mundo de la novela, personajes cuya identidad responde a una visión del mundo activa, en movimiento, opuesta al centralismo estatal vigente.

Si el centro de la estructuración sociopolítica del estado moderno español es el reforzamiento de la jerarquía estamental, la limpieza de sangre, la fe y el honor, no puede menos que llamar la atención el hecho de que Cervantes proyecte a través del comportamiento —muchas veces descentrado— de sus personajes la visión de una sociedad heterogénea. En ese peculiar universo novelesco —a partir del accionar de estas criaturas de ficción, campo de denuncia y desenmascaramiento—, paradójicamente el honor puede ser defendido por una mujer, la fe albergar en el corazón del infiel y el linaje depender más de las acciones que de la sangre.

Para comprobar esta intuición de lectura, la atención se dirige, entonces, a verificar la

7 Juan Huarte de San Juan en *Examen de ingenios para las ciencias* (1575) desarrolla las interrelaciones entre mente cuerpo y establece la doctrina de los temperamentos sobre la base de la teoría de los humores. De acuerdo con esto, la combinación de las tres cualidades primarias —calor, humedad y sequedad— determinan las facultades internas: entendimiento, imaginación y memoria. Es palmaria la importancia que esto tiene en el funcionamiento racional de los seres humanos, tema preferido en la época. Con la fisiognómica de los clásicos se constituye un método para conocer mediante características la individualidad de las personas. Se estudia la acción del medio, se emplea el fundamento fisiológico para la explicación de la percepción, de la imaginación, de la asociación de ideas y de los afectos.

8 Según Ruth El Saffar (1989, 59), «el que no pertenece al centro, entonces, se ve expulsado no sólo a los márgenes de la sociedad sino a los márgenes de la consciencia, donde establece con lo central una relación de hostilidad, miedo y odio».

9 Mencionamos estos pocos nombres que creemos resumen los adelantos científicos de la época. La noción de perfección proviene de F. Bacon, que publica el *Novum Organum* poco después de la muerte de Cervantes.

formulación del personaje en el texto, consciente de que la noción de personaje es un concepto difícil de clasificar. Sorteando las distintas opciones de enfoque, en esta oportunidad me interesa focalizarlos como conciencias de subjetividades, ya que éstas son el nexo con su interioridad.

Interioridad implica identidad, manifestación del ser. ¿Cómo se revela esto en la novela? ¿Cómo se define el yo? ¿Cómo se expresa? Los procedimientos para caracterizar a los personajes toman en cuenta, centralmente, dos elementos constitutivos de su efecto¹⁰ en el relato: sus atributos y sus motivaciones. Este último recurso es el que desnuda las fuerzas que impulsan a la acción, y es aquí donde se declaran y confiesan los pensamientos, sentimientos, deseos, represiones, principios morales, voliciones, imaginarios y cosmovisiones.¹¹

Es también productivo para este análisis, observar la no unicidad del sujeto hablante,¹² que nos acerca una combinación de discurso propio y distanciado. De ese modo, paralelo al proceso de develamiento interno, se produce el desmonte del discurso oficial porque el responsable de la enunciación no es el responsable del enunciado, que corresponde a una visión del mundo ajena. La famosa ironía cervantina forma parte de este sistema corrosivo.

Aunque no va a ser objeto de esta comunicación, es obvio consignar desde esta mirada que el personaje paradigmático es, en primer lugar, el mismo don Quijote, cuya marca fundamental es ese hacerse a través de la mediación de la locura.¹³ Procedimiento extremo para lograr una existencia auténtica, extrañando de su tierra y de su tiempo, su lucha por el restablecimiento del orden perdido implica la asunción de nuevos valores éticos y morales,

valores que son inseparables de su interioridad y que constituyen el motor de ese querer ser por sobre todas las cosas. Su recurrencia sobre las bondades de la Edad de Oro responde a la tan humana necesidad de colocar en el pasado lo que se quiere para el hoy. Relevantes investigadores lo han estudiado en ese sentido, comenzando por don Américo Castro.

Según María Zambrano, el «apetito de ser» y el «ansia de conocimiento» se aúnan en el «Yo sé quién soy» (I, 5) quijotesco.¹⁴

La salida al camino y el perpetuo caminar —metáforas de esa incesante búsqueda de sí mismo— estructuran un espacio utópico para el caballero, que se abre al descubrimiento de otros seres tan abstraídos como él en la tarea identificatoria. Estos encuentros potencializan la común empresa filiatoria.

Los personajes elegidos para esta aproximación al tema son algunos de los que acompañan a don Quijote en el proceso de asunción del ser en expansión y desestructuración. Muestran, como el protagonista, los impulsos y perturbaciones que siembran de contradicción e incertidumbre la trabajosa configuración de esa autonomía interna. La naturaleza social de estos sujetos ficticios los coloca en un estado permanente de confrontación y choque con la realidad problemática de su época, que les dificulta (y a veces les niega) el acceso a la gratificación y a valores que ambicionan. Sus ideales interfieren con las necesidades histórico-políticas del Estado moderno, las cuales, por otra parte, no internalizan, ya que no consideran el adscribirse a ellas como un requerimiento inexorable. Estos personajes, como don Quijote, no buscan parecer sino ser.

Américo Castro (1966, 63) afirma que con don Quijote Cervantes «crea y mantiene la vida de un personaje literario (la inmanencia de su vivir) en un mundo de gentes y de circunstancias concitado contra el audaz que se aferra heroicamente a la fe de ser quien es».



10 Para el concepto de personaje en el sentido semiológico y el efecto de lectura que lo produce me baso en la clasificación de P. Hamon, 1977.

11 A. Castro (1967, 282) sostiene que «el Quijote está construido mediante anhelos e imaginaciones, integrados en la totalidad volitiva de unas existencias singularizadas».

12 Véase Ducrot (1944, 262-270).

13 Con respecto a la locura del personaje, Américo Castro (1967, 283) dice: «su insania es un indispensable recurso para el artista, el cual no podía apoyar en el vacío un nuevo tipo de expresión humana».



A este respecto, podemos mencionar al pasar, entre otros, a Ginés de Pasamonte, Basilio, Roque Guinart, el morisco Ricote, quienes convergen en una especie de mundo otro cuya legalidad no pasa por lo establecido e impuesto. Estos personajes, en términos generales, no defienden su legitimidad dentro de la sociedad, no disputan un espacio que no se les otorga, sino que han aprendido a manejarse en los márgenes del cuerpo reglado y a gozar con esa situación que los obliga a una continua transgresión de los límites sociales.

En particular, indagaré en tres personajes femeninos porque su condición genérica los vincula más estrechamente al mundo de los sentidos y los ubica en la esfera privada en mayor medida que en la pública. Esta situación los acerca a todo lo que implica corporeidad y naturaleza y los prepara para reconocer las motivaciones íntimas y estar, por lo tanto, más atentos al deseo y más dispuestos a su concretización.

Se trata de Marcela, Dorotea y Zoraida, delineadas en razón de sentimientos y ansiedades internos que las empujan al espacio externo. Su lucha contra la adversidad las modifica, y sus logros las alejan de la concepción del ser social propio de la mujer que establece la sociedad patriarcal.

Marcela

Marcela, la «endiablada moza» que «anda en hábito de pastora por esos andurriales», aparece ante los lectores menos avisados como la responsable de una tragedia: la muerte de Grisóstomo. Don Quijote sale en su defensa, pues:

Ella ha mostrado [...] cuán ajena vive de condescender con los deseos de ningu-

no de sus amantes, [...] es justo que [...] sea honrada y estimada de todos [...] (DQ I, 133)

El capítulo xvi (1) se cierra con la determinación del caballero de buscar a la pastora para ofrecerle su ayuda, y no dejan de ser contundentes los versos que hablan del «rigor de una esquiva hermosa ingrata».

Es que la elección de vida de Marcela — que no quería llevar «la carga del matrimonio» —, aun sin «menoscabo de su honestidad y recato», al alejarla de la interioridad doméstica y familiar que la mujer tiene asignada histórica y socialmente, subvierte lo establecido.

De acuerdo con las ideas vigentes sobre los roles masculinos y femeninos, las mujeres no disponían de muchas opciones. Prácticamente en todos los grupos sociales lo habitual eran los matrimonios acordados, donde privaban las negociaciones y no contaban los sentimientos.¹⁵ Por lo tanto, si era inadmisibles que la mujer no acatará la decisión paterna al respecto, más lo era elegir la soltería sin aceptar la tutela de la familia ni hacerse monja. Elección esta última que sí estaba en manos de Marcela que tiene, como ella misma dice, «riquezas propias» y puede disponer de la dote necesaria para ingresar a un convento.

Pero la decisión íntima de Marcela es ser fiel a su ideal de vida en libertad. «Yo nací libre —dice— y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos» (DQ, I, 131). Y agrega más adelante: «tengo libre condición y no gusto de sujetarme». Esta afirmación en su yo íntimo la exime de veleidades que se suponen propias de esa «natural condición de mujeres» que menta don Quijote en relación a la Torralba del cuento sanchesco (DQ, I, 183).

Marcela se construye en su deseo y no a través del deseo ajeno, aunque algún crítico pretenda asimilarla a la ambición mimética de ser sólo una heroína de novela pastoril.

15 Para María Zambrano (1989, 143), «La situación de don Quijote se hace inteligible desde el cartesiano mundo de la conciencia: '¿Qué soy yo? Una cosa que piensa'. Y ante esto la criatura llamada hombre no puede resignarse. Parte de su ser pensante va hacia la acción, y entonces se piensa a sí mismo, y sin darse cuenta se inventa a sí mismo, se sueña, y al soñarse se da un ser, ése por el que pensaba».

Dorotea

Dorotea proviene de padres «humildes en linaje» y a esa condición atribuye en primer lugar su desventura. De entrada se presenta como «mayordoma y señora» de su hacienda, indicio de su desenvoltura y capacidad de trabajo y de la importancia que dentro de la vida doméstica tenía el trabajo de la mujer. Los devotos entretenimientos y la vida recatada no impiden que los mensajes de don Fernando lleguen a sus manos y, a pesar de la distancia social que media entre la «villana y labradora» y el «señor y caballero», la unión se concreta.

La rica labradora sabe que «nunca los tan desiguales casamientos se gozan ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan» (*DQ*, I, 283), pero la situación se impone y el inteligente razonamiento de Dorotea la lleva al consentimiento.

Con el avance del relato nos enteramos de que la traición de don Fernando convierte a la «confusa y pensativa» Dorotea en una mujer llena de «cólera y rabia» que decide salir a los caminos a buscar a su enemigo. «Llevada en vuelo del deseo de llegar», que es el deseo de hacer realidad sus esperanzas, se entera de los acontecimientos que involucran también a Luscinda y Cardenio, y luego de otras tristes vicisitudes penetra de lleno en la historia de don Quijote.

En contraste con la pasividad de Cardenio, quien espera «que el cielo nos restituya lo que es nuestro», Dorotea ruega que el cielo le dé «industria y valor» para salir de su desventura.

Dorotea, que ha salido al camino para restablecer un orden privado, no se arredra frente al mundo de la aventura caballeresca y es ella misma la que ofrece ocupar el lugar de «doncella menesterosa» en la farsa que cura y barbero preparan al hidalgo. Ya sabemos cómo, en su papel de princesa Micomicona, utiliza sabiamente sus lecturas y, en el registro adecuado, se da el gusto de inventar un relato que cuenta con personajes tan estafalarios como el gigante Pandafilando de la Fosca Vista.

Su habilidad para comunicar —no olvidemos la «gracia» con que cuenta sus desventuras— está incrementada en la fuerza del razonamiento que expone en su largo parlamento

ante don Fernando. A pesar del dolor y las lágrimas no olvida su meta y, a diferencia de la princesa del artificio tramado, no necesita de caballero que la socorra ni deja en manos de nadie su defensa. Para ser «venturosa en los fines» tiene que poner al noble en su lugar: él la sacó de los «límites de su honestidad», él debe rescatarla.

Tú solicitaste mi descuido; tú rogaste a mi entereza; tú no ignoraste mi calidad; tú sabes bien de la manera que me entregué a toda tu voluntad: no te queda ni lugar ni acogida de llamarte a engaño. (*DQ*, I, 375)

Los lectores quedamos tan admirados de «su mucha discreción» como los que presencian la escena en la venta y sabemos que si vence es porque está convencida de que la verdadera nobleza consiste en la virtud. Ella sabe quién es y, a despecho de mudanzas, puede decirle a don Quijote: «la misma que ayer fui me soy hoy [...] no [...] he dejado de ser la que antes y de tener los mismos pensamientos» (*DQ*, I, 384). Nosotros sabemos que la expresión sin censura de esos pensamientos sería: valerme por mí misma como lo he hecho hasta ahora.

Zoraida

A Zoraida la guía su absoluta confianza en la nueva fe que la ilumina. Desde su presentación en el escenario de la venta sabemos de su motivación por lo que declara el cautivo: «Mora es en el traje y en el cuerpo; pero el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo» (*DQ*, I, 387) y, fundamentalmente, por su sentida exclamación frente al requerimiento del hombre: «No, no Zoraida: ¡María, María!» (*DQ*, I, 388).

Los orígenes de semejante elección de vida nos llegan por el relato que el capitán Pérez de Viedma ofrece en la venta a sus atentos escuchas, donde las penalidades del cautiverio se exponen en toda su dimensión y aparecen ligadas a las experiencias reales de los españoles de la época y, por





supuesto, a las del propio Cervantes.¹⁶ Aparece aquí el desfile de cautivos, renegados, moros, turcos, que transitan un mundo escindido, como lo están ellos mismos, oscilando entre la entrega y el heroísmo, el abandono de la fe y su defensa a ultranza.

El fondo histórico acompaña el descubrimiento de la religión cristiana por parte de Zoraida, rica heredera de Agi Morato, y el arraigo de esa fe en ella y su conversión son los elementos indispensables para el desenvolvimiento de la acción.

Detrás de las cerradas celosías de la casa de ese importante señor de Argel, Zoraida trama la arriesgada aventura que la acercará a su ideal religioso y pone su amor en quien podrá ayudarla en sus propósitos: un cautivo español y católico. Aunque para éste y sus compañeros queda claro, desde el principio, que «ella y no otra alguna era la que había de dar medio a todas aquellas dificultades» (*DQ* I, 412). Su primera y mayor aspiración es ir «a tierra de cristianos a ver a Lela Marien», y secundariamente le interesa su futuro con el ayudante ele-

16 El mismo don Quijote argumenta a favor de ese criterio, porque no hay que quitar la elección y jurisdicción a los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben, ya que, según él, «el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado, y el del matrimonio está muy a peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle» (*DQ* II, 673).

gido a quien le dice: «y serás allá mi marido, si quisieres, y si no quisieres, no me dará nada» (*DQ* I, 410). Tajante afirmación que será matizada más adelante con la advertencia: «si no cumples [...] yo pediré a Marién que te castigue» (*DQ* I, 412).

Con respecto a la no unicidad del sujeto hablante, valen como ejemplo las palabras que Cervantes pone en boca de Zoraida como propias, pero que no expresan su pensamiento: «porque vosotros, cristianos, siempre mentís en cuando decís, y os hacéis pobres por engañar a los moros» (*DQ* I, 418). Es visible, también, la dualidad del «Ámexi, cristiano, ámexi», que en un contexto es amarga pregunta al amado: «¿Vaste, cristiano, vaste?» y en otro ingenioso ocultamiento al padre: «Vete, cristiano, vete».

Pero, cuando la situación es descubierta y su padre la interroga acerca de su conversión, Zoraida no vacila en contestar con la verdad, porque la justificación de su voluntarismo está en su fe: «La que es cristiana, yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto; porque nunca mi deseo se estendió a dejarte ni ha hacerte mal, sino a hacerme a mí bien» (*DQ* I, 425) y ni siquiera la separación y el desarraigo pueden poner coto a los deseos del alma.

Frente a la autenticidad moral de estas heroínas, contrastan una serie de personajes que podemos llamar grupales o colectivos ya que funcionan en el texto como actantes opositores. Encarnan una mentalidad común y son portadores del mismo mensaje ideológico: simbolizan la resistencia que los mandatos culturales contraponen al deseo del individuo. Este conjunto, atravesado por funciones y calificaciones permanentes, está conformado por el cura Pero Pérez, el barbero maese Nicolás y el bachiller Sansón Carrasco. Su participación actancial se refuerza, justamente, por esa especialización profesional que los inserta en una sociedad que predetermina su rol, sus modos de relación con el otro y con la realidad. Pero, al margen de esta especificidad, las estrategias de este grupo —donde las mentiras y el ocultamiento son las constantes— se encaminan a impedir que don Quijote logre su meta. En este sentido, podemos hacer extensivo su accionar contra todo personaje que se perfile en libertad.

Por medio de los personajes, contrastados sobre el fondo y los sucesos de su tiempo, Cervantes insinúa la fragilidad de las reglas del juego social y vuelve explícitas las contradicciones del sistema. Sus criaturas están conectadas con la identidad conflictiva de esa etapa de la vida española y no con la impuesta y aparente que pretende mostrar una España incontaminada.

Fuentes

Las citas de Don Quijote de la Mancha corresponden a la edición de Riquer, Martín de: *Cervantes Saavedra, Miguel de*, Barcelona, Editorial Juventud, 2 vols., 1967.

Bibliografía

- BAJTIN, MIJAIL, *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1985.
- BATAILLON, MARCEL, *Erasmus y España*. México, FCE., 1966.
- CAMAMIS, GEORGE, *Estudios sobre el cautiverio en el Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1977.
- CASTRO, AMÉRICO, *Cervantes y los casticismos españoles*, Barcelona, Alfaguara.
- —, *Hacia Cervantes*, Madrid, Taurus, 1967.
- —, *El pensamiento de Cervantes*. Barcelona, Noguer, 1980.
- CORVISIER, ANDRÉ, *Historia moderna*. Barcelona, Labor, 1991.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A., *El antiguo régimen: los Reyes Católicos y los Austrias*. Madrid, Alianza, 1973.
- DUCROT, OSWALD. *El decir y lo dicho*. Buenos Aires, Edicial, 1994.
- EL SAFFAR, RUTH, «Voces marginales y la visión del ser cervantino», en *Revistas Anthropos* n° 98-99. Barcelona, Anthropos, 1989.
- ELLIOT, J. H., comp., *Poder y sociedad en la España de los Austrias*. Barcelona, Crítica, 1982.
- HAMON, PHILIPPE, «Pour un statut sémiologique du personnage», en Barthes, Roland, et al. *Poétique du récit*, París, Seuil, 1977
- LÁZARO CARRETER, FEMANDO, «La prosa del

Quijote», en *Suplementos Anthropos*, 17. Barcelona, Anthropos, 1989.

- MARAVALL, JOSÉ ANTONIO, *Estado moderno y mentalidad social (siglos xv a xvii)*, t. 1. Madrid, Alianza Editorial, 1986.
- OLIVER ASIN, J., «La hija de Agi Morato en la obra de Cervantes», en *Brae*, xxvii, 245-339, 1947.
- RILEY, EDWARD, *Teoría de la novela en Cervantes*. Madrid, Taurus.
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J., coord. 1988. *Historia social de la literatura española (en lengua castellana)*, v. 1. Madrid, Castalia, 1966.
- VILAR, PIERRE, «El tiempo del Quijote», en *Crecimiento y desarrollo*. Barcelona, Ariel, 1964.
- ZAMBRANO, MARÍA, «La ambigüedad de Cervantes», en *Suplementos Anthropos*, 16. Barcelona, Anthropos, 1989.
- ZERAFÁ, MICHEL, *Novela y sociedad*. Buenos Aires, Amorrortu, 1973.

